

EL POSO
AMARGO
DEL CAFÉ

MARÍA MENÉNDEZ-PONTE



GRAN
ANGULAR

El poso amargo del café

MARÍA MENÉNDEZ-PONTE





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM.COM

Primera edición: julio de 2006

Decimosegunda edición: marzo de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: María Menéndez-Ponte, 2006

© Ediciones SM, 2006, 2019

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9182-520-3

Depósito legal: M-3300-2019

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Al auténtico Bruslí

Tendría que estar muerto y no lo estoy. Pero a pesar de no estarlo, me encuentro en el infierno. Como si la estatua del *Ángel caído*, que nos mostró mi padre a mi hermano y a mí en uno de nuestros paseos por el Retiro, se hubiese salido por fin con la suya: «Te reconozco, tú eres de los míos, un rebelde sin causa, algún día terminarás en el infierno, como yo», me decía siempre que pasábamos por su lado. A mí me daba un cague que no veas, y es que hasta físicamente me encontraba parecido con ese tal Lucifer que un buen día decidió desobedecer a Dios y pasar de ángel a demonio. Mi hermano, en cambio, se identificaba con la estatua de Alfonso XII que está en lo alto del estanque de las barcas, dominándolo todo desde su caballo. Decía que de mayor iba a ser rey como él y que le harían una estatua haciendo taekwondo en vez de a caballo. A veces tengo la impresión de que esas estatuas han predeterminado nuestras vidas. Por supuesto, mi hermano no ha llegado a ser rey, pero sí que ha triunfado como modelo; ahí está el tío inmortalizado en numerosas revistas y con poses más chulas que las del propio Alfonso XII. Y además ha ganado una medalla en taekwondo. Es un *crack*, no como yo, que soy un mierda. En lo único que pienso es en meterme y meterme, ya desde la mañana. No sé cómo mi hermano aún me aguanta. Claro que cualquier día de estos se hartará y me abandonará, igual que nuestra madre. ¡Qué putada! Con lo que me hubiese gustado tener una familia normal. Pero el único recuerdo que tengo de mis padres juntos es el de mi padre agarrando a mi madre por los brazos, forcejeando con ella y, a continuación, tirándola por la ventana. No sé por qué esas imágenes tan terribles se empeñan en pasar cientos de veces por mi cabeza, siempre a cámara lenta. Yo intento detenerlas para tratar de comprender lo que estaba ocurriendo allí, pero las imágenes se suceden como en una secuencia, mudas,

sin gritos ni palabras, aunque supongo que los habría. Y yo también estoy allí, mudo, como un espectador de piedra, aterrado por lo que mis ojos están viendo, sin entender nada, sin poder hacer nada por evitar todo aquello. Tenía tres años y mi hermano dos, aunque él no está dentro de aquella pesadilla, menos mal. Después tengo una laguna, porque lo siguiente que recuerdo es a mi padre en el portal pegándole a mi madre con una silla, y yo llorando. No entendía qué podía haber hecho mi madre para merecer semejante paliza.

«Papá, no le pegues, no le pegues, no le pegues...»

No oigo los gritos de mi madre ni las voces de mi padre, solo mi llanto y el eco de mi voz suplicante. Supongo que acudirían los vecinos ante semejante alboroto, pero tampoco lo recuerdo. La violencia de la propia situación junto con el terror que sentía en ese momento han borrado todo lo demás.

En el siguiente plano los policías se llevan a mi padre en un coche. Yo estoy ahí, frente a él, mirándolo, tratando de entender qué me quiere decir a través del cristal, contemplando sobrecogido e impotente sus ojos suplicantes. Pero el coche coge velocidad y yo me quedo sin saber qué era eso tan importante que mi padre quería decirme. Sé que él tenía una razón para haber hecho lo que hizo, pero me quedé sin conocerla. Mi vida está llena de secretos terribles sin descifrar.

De nuevo aparezco en casa, en la cocina. Allí está la taza del café que se acababa de beber mi padre antes de que aquella horrible escena hubiese tenido lugar, prácticamente vacía, apenas queda un culito. Me lo bebo como si aquel café fuese la pócima mágica que pudiera aportarme un poco de luz sobre lo que acababa de suceder o quizá porque era lo único que me quedaba de mi padre y me resistía a que me abandonase de aquella manera. Porque yo sé que mi padre, al contrario que mi madre, me quería; a su manera, pero me quería. Y que si no hubiese sido por el maldito caballo, hubiese sido un buen padre. Pero todavía conservo en mi boca el sabor amargo de aquellos posos de café, y es que en ellos está escrita mi vida. La historia de mucha gente se escribe en libros, linajes, escudos, palacios, castillos o tumbas; la mía está escrita en aquellos posos. Y por eso necesito meterme el maldito perico, para borrarlos. Y la droga hace que cada día descienda un poco más en mi camino hacia el infierno. ¡Qué putada!

No sé cómo fue la caída de Lucifer, pero la mía es lenta, agonizante. Algunos días, como hoy, tengo conciencia de ella y me aterra ver el desecho en que me he convertido: apenas me reconozco en ese tipo esquelético y abandonado que descubro cada vez que me miro en el espejo, capaz de cualquier barbaridad; en cambio, otros tengo la sensación de flotar en el vacío como esas águilas ratoneras que vuelan a merced del viento con las alas extendidas.

Joder, doy asco. Ya nada me divierte: ni meterme, ni hacer fechorías de las nuestras, ni ponerme morado de comer... como cuando iba con Poli y los otros. Sin él no es lo mismo. ¡Qué putada! Me he quedado más solo que las ratas. Gordini se ha ido definitivamente con su madre y el Perchas se ha acomodado a ser el chulo de una tía mayor que le paga todos sus caprichos. Vaya mierda. Ahora si robo es para poder pillar, pero me raya mazo, como lo del trapicheo. Hay días que me meto incluso el perico que me dan para vender.

–Hoy sin ir más lejos, ¿verdad, Bruslí? Estás en un lío de los gordos.

–Deja de darme la chapa, Bruce Lee, estoy hasta los huevos. Siempre ahí, metiendo el dedo en la llaga, tocándome la moral.

–Sí, ya sé que te fastidia que sea tu conciencia y que te recuerde las cosas, pero ¿qué quieres?, tu cerebro es un colador por culpa de ese maldito polvo que te metes por la nariz. Y hoy no puedes evadirte como haces siempre, lo sabes muy bien: dentro de dos horas tendrás que enfrentarte a Walter y decirle que te has vuelto a meter los veinte gramos que te dio para vender. Y esta vez no se apiadará de ti, eres reincidente.

–No me da miedo, vejestorio.

–Un día te van a meter un tiro entre ceja y ceja.

–¿Y qué? Eso no me asusta, ya lo sabes.

–Pero sí te asusta ver en lo que te has convertido; eso sí te asusta, Bruslí, no lo niegues.

–¡Que te pires, tío!

–Te has convertido en un mentiroso, en un alcohólico, en un cocainómano. Venderías a tu hermano por un gramo. Eres escoria.

–¡Cállate, cabrón o...!

–¿O qué? No me dirás que vas a hacerme un *vándal* porque me da la risa, si no te tienes de pie. Mira tu cuerpo, es una ruina, una auténtica ruina. No tienes fuerzas ni para levantarte de ahí.

—¿Ah, no? Pues mira si me levanto, ¿lo ves, Bruce? Ahí te quedas, mamón, que yo me largo.

Deambulo por calles poco transitadas esperando la oportunidad de encontrar un incauto al que manganle el coche. Me reventaba admitir que el viejo Bruce pudiera tener razón, pero la realidad es que estaba en un apuro de los gordos. No podía presentarme de nuevo ante Walter y pedirle otra oportunidad. No me quedaba más remedio que trincar un coche e ir hasta una de las discotecas de Getafe a robarle droga a algún camello, ya que allí no me conocen.

Por fin encuentro al típico pringado que no tiene ni media hostia, tan en las nubes que ni siquiera siente que me acerco a él peligrosamente. Por eso se lleva un buen susto al sentir el filo de mi navaja en su cuello. La verdad es que me jode un montón tener que amenazar a alguien con un arma, con Poli nunca utilizábamos la fuerza, pero es un caso de vida o muerte. Esta vez Walter no se iba a andar con tonterías, me daría una paliza hasta dejarme medio muerto, o a lo mejor era capaz de descerrajarme un tiro allí mismo.

Inmediatamente, sin mediar palabra, el incauto pichón deja caer las llaves del coche en mi mano con pulso tembloroso. Sé que lo tengo en mi poder, sin embargo, no me siento bien por ello. Es un pobre hombre con una chaqueta de cuadros y pelo engominado, que seguramente estará haciendo alguna gestión de trabajo. Pero no puedo permitirme el lujo de compadecerme de él, se trata de salvar mi pellejo, mala suerte. Rápidamente me subo al coche y arranco ante su mirada incrédula, como si le costara asimilar lo que le acaba de suceder.

Conduzco un rato como un auténtico zombi, hasta que me doy cuenta de que llevo encendido un piloto rojo. Es el de la gasolina. Con las prisas, ni se me ha ocurrido comprobar cuánta había. Poli me habría llamado de todo. ¿Llevará mucho tiempo encendido?

—¡Joder, qué puntería! Mira que ir a robar un coche en reserva...

Salgo a la M-30 con la esperanza de encontrar una gasolinera. A ver si me iba a quedar tirado, lo que me faltaba. Pero esta vez la suerte me favorece y veo anunciada una a quinientos metros. Me limpio el sudor que me chorrea por la cara y pongo el intermitente en cuanto estoy a cien metros de ella. ¡Uf! Me meto por

fin y me situó estratégicamente en el surtidor más alejado de la caja. Mientras enchufa la manguera, pienso en la cara que se le va a quedar al pringado que está cobrando cuando vea que me largo sin pagar, no sabe que de nada le va a servir tomar el número de la matrícula, porque es un coche robado. En otro tiempo esto nos habría servido de diversión, pero ya nada me divierte. Con Poli y los otros sí me hubiese reído.

Estoy enroscando la tapa del depósito, cuando un coche de los verdes se detiene a repostar. ¡Qué puntería, chaval! Con esto sí que no contaba, menudo día llevo, ¡vaya mierda de horóscopo que me ha tocado hoy!

Disimuladamente me voy andando hasta el servicio y espero allí un buen rato hasta que calculo que han podido marcharse. Efectivamente, al salir, veo que ya no está el coche. Así que, más tranquilo, me meto en el mío y arranco. Entonces oigo gritar al de la gasolinera.

–¡Eh, tú, que no has pagado!

–Gracias por recordármelo, *pringao* –digo metiéndome a toda velocidad por el carril de incorporación a la autovía.

Claro que no he hecho más que incorporarme, cuando oigo la sirena de los verdes detrás y su voz por megafonía:

–Échese a un lado y detenga su vehículo.

¡Qué putada! Pero ¿no se habían ido? ¡Los muy cabrones! Seguro que estaban escondidos. Si hubiese sido Poli, habría acelerado y los habría dejado con dos palmos de narices, pero yo no soy un conductor tan experto como él y además últimamente no tengo buenos reflejos, así que enseguida me empujan al arcén y me rodean con las pistolas.

–¿Así que robando gasolina, no? A ver, los papeles del coche y el permiso de conducir.

–No... no... lo llevo encima...

Si supieran que ni siquiera lo tengo. En este momento se me pasa por la cabeza jugármela y volver a arrancar el coche, pero, antes de que pueda hacer nada, uno de los dos ya me ha abierto la puerta y ha cogido de la guantera los papeles del coche.

–¿A nombre de quién está el coche?

–Es de mi tío...

–De tu tío, ¿verdad? ¿A quién pretendes engañar? Lo has robado, mamarracho, andando a comisaría, estás detenido.

—¿Y esta navaja? —dice el otro cacheándome—. ¿A quién pensabas atracar?

—La tengo para pelarme las naranjas, me gustan mucho las naranjas, siempre estoy comiendo alguna...

—¡Y encima vacilón! Mira, chaval, mejor te estás calladito y guardas tu verborrea para el juez.

¡Qué putada, otra vez detenido! Todo esto ya lo había vivido y era una auténtica pesadilla: volver a dejar mis pertenencias en la entrada de la comisaría, volver a dar mis datos, volver a ser interrogado, volver a estampar mi huella, volver a coger aquella manta llena de pulgas y aquella colchoneta que olía a meado que echaba para atrás... Eso sí, el miedo no era el mismo de aquella primera vez...